

con los españoles, á quienes consideraban como descendientes del gran Quetzalcoal.

Los teopixques explotaban aquel suceso, y las explicaciones que sobre él daban aumentaban más y más el terror de que todos se hallaban poseidos.

Pero la verdad es que desconocian la causa que le habia impulsado á darse la muerte, porque habian creido la falsa relacion que de la muerte del hijo de su anterior monarca les habia hecho Litzajaya.

Esto nada tiene de extraño.

¡Quedan tantos sucesos envueltos en el misterio!

Afortunadamente, el historiador descorre siempre una punta del velo para los lectores,

Capitulo XC.

La tela de araña.

Quetlahuaca era débil de carácter y muy supersticioso.

Dicho se está con esto que los teopixques ejercian gran dominio sobre él.

El que más influencia ejercia con él, el que le dominaba por completo, era Guacolando.

Los sacerdotes sabian la importancia que tenia Cholula como ciudad religiosa.

Deseaban que todos los templos fuesen trasladados á Méjico.

Si conseguian que el monarca accediese á esta peticion, serian verdaderos dueños del imperio, y en-

tonces podrian establecer lo que há tiempo ambicionaban: un consejo de teopixques, al que debiera consultar siempre el emperador antes de adoptar resolucion alguna en los asuntos del imperio.

Constantes en su propósito, en las conversaciones que con él tenian, procuraban demostrarle que la abyeccion en que habia pasado los últimos dias de su vida Motezuma, que los males sin cuento que habia sufrido la patria, eran sin duda alguna consecuencias inmediatas de haber desoido sus consejos.

—Los dioses están muy enojados;—le decian;—su ira sólo puede aplacarse por nuestra mediacion. Nosotros no interpondremos nuestra influencia en tanto que no ocupemos el puesto que reclaman nuestros talentos. Nosotros preveemos las grandes catástrofes que nos amenazan: vos podreis remediarlas; si os dejais alucinar por vuestra soberbia, si desechais nuestras observaciones, arroyos de sangre inundarán las calles de Méjico, miles de cadáveres cegarán los lagos y los canales, y los manes de las víctimas os maldecirán, y su sombra se os aparecerá á todas horas, y durante el sueño vereis presentarse ante vuestra vista amenazadores fantasmas, que os exigirán la responsabilidad de vuestra conducta.

Estas conversaciones se grababan en la mente de aquel débil príncipe, y con frecuencia tenia ensueños espantosos.

Una noche despertó sobresaltado.

Habia tenido una vision horrible.

Una culebra como de diez ó doce piés de largo (F)

se arrastraba rápidamente hácia su lecho, y sus miradas amenazadoras le horrorizaban.

De pronto se precipitó sobre él, y al enroscarse en su cuello, la violencia del golpe que creyó sentir le hizo despertar.

No pudiendo conciliar el sueño, y dominando por su fanatismo, quiso consultar á un augur sobre aquella vision.

Inmediatamente mandó llamar á uno de los más célebres.

Acudió este, y despues de oir la relacion del insomnio, exclamó con la mayor seguridad:

—Eso prueba que mientras tengas como encargado del mando de tus tropas á Guatimozin, tu imperio se verá continuamente amenazado de mil catástrofes.

El augur se expresaba de esta manera por consejo de los teopixques.

Guatimozin era valiente, era esforzado, y no daba crédito alguno á los pronósticos de aquellos indignos sacerdotes.

En cuantas ocasiones se le presentaban procuraba destruir la influencia que ejercian sobre el vulgo.

De aquí que se hubiera acarreado la enemistad de aquellos.

No pudiendo frente á frente luchar con él, se valian de cuantos medios les sujeria su imaginacion para hacerle perder el favor que disfrutaba cerca de Quetlahuaca.

El débil príncipe de Iztacpalapa quedó aturdido ante la explicación que le dió el augur.

Este, después de consultar á las estrellas y de trazar algunos signos con un pedernal en un trozo de corteza de guayaco, continuó:

—Si no hubieseis despertado tan pronto, hubieras visto que la culebra se convertía en tortuga.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Quiere decir que Guatimozin es un ambicioso, un traidor que desea arrebatarte el trono. La influencia que va adquirido en el ejército puede serte muy funesta.

Si no le relevas del mando, tal vez no pasarán muchos soles sin que perezcas á sus manos.

Y sin dar tiempo al monarca á que se repusiera de la cruel impresión que despertaron en él sus predicciones, abandonó la estancia.

Quetlahuaca, obedeciendo al terror que se había apoderado de su alma:

—Llamaré á Guatimozin,—se dijo;—sondearé su ánimo, y si, como no dudo, es cierto lo que me ha indicado el augur, yo sé lo que tengo que hacer.

Mandó avisar al jefe de su ejército.

Sus órdenes fueron cumplidas.

Guatimozin acudió á aquel llamamiento.

—Estoy á vuestra disposición,—dijo al presentarse ante él.

—Decidme,—esclamó con sequedad Quetlahuaca.—¿qué móviles os han impulsado á tomar las armas contra los españoles?

—¿Acaso no lo sabeis? El deseo de librar á mi patria del azote de esos extranjeros, el noble propósito de devolverla su perdida independencia, la sed de venganza que arde en mi pecho al recordar los excesos de que han sido víctimas nuestros hermanos.

—¿Y no os guía otro interés?

—¿Podeis dudar de la sinceridad de mis palabras?

—¿Quién sabe?

—Explicaos, porque no puedo consentir que se sospeche en lo más mínimo de mi lealtad que se dude de mi valor.

—Me consta que conspirais contra mí, que tratáis de arrebatarme la corona, que procurais ganar simpatías entre el ejército, y que le haceis pomposas ofertas si os ayuda en vuestros criminales intentos.

—Dad gracias á que conozco que os hallais embaucado por las supercherías de los teopixques. Si así no fuera, olvidando todas las consideraciones que os debo como á mi soberano, os arrancaría la lengua para que no insultáseis al que tantas pruebas de adhesión os ha dado, al que se ha sacrificado y se sacrificará hasta verter su última gota de sangre en defensa de la patria.

—Disculpo vuestro furor y desprecio vuestras amenazas, porque bien claramente veo que al hallar descubiertos vuestros planes, habíais de aparentar indignación para ocultarlos.

—He dicho y repito,—contestó con altanería Gua-

timozin,—que sólo ansío la independencia, el esplendor de mi patria.

—Para eso basto yo. Y como para nada necesito vuestros servicios, hoy mismo saldreis para Tacuba, donde permaneceréis aguardando mis órdenes.

Y al terminar estas palabras, hizo una señal á Guatimozin para que se retirase de su presencia.

El valiente guerrero obedeció, y se dirigió á Tacuba acariciando mil proyectos de venganza.

Cuando llegó á su casa apenas correspondió á las cariñosas atenciones que le prodigó su esposa.

Esta, deseando saber la causa de su aflicción:

—Guatimozin, esposo mio,—le dijo,—¿qué te sucede que rechazas mis caricias, cuando sabes que sólo vivo para tí, que eres mi único pensamiento? ¡Ah!... Despues de la ausencia en que hemos vivido, cuando logro verte de nuevo á mi lado, apenas fijas en mí tu atencion, ni pronuncias ninguna de esas palabras que sólo tú sabes y que tan feliz me hacen.

—Perdóname, Guacalcinla; pero la indignacion que arde en mi pecho me tiene loco, y hay momentos en los que quisiera poner fin á mis dias.

—¿Pero qué es ello? Me asustas, amado mio.

—Figúrate que cuando me disponia á salir con mi ejército á destruir á esos extranjeros, recibo orden de presentarme á Quetlahuaca.

Acudo á su presencia, y con un cinismo que me ofende hasta recordarlo, me dice que sabe que conspiro, que deseo arrebatarle la corona y otros mil insultos por este estilo.

¡No sé cómo he podido contenerme!

El amor que te profeso, tu imágen querida, que no se separa un instante de mi corazon, me ha dado fuerza para resistir aquellos ultrajes.

Por más explicaciones que le he dado, no ha querido convencerse.

—¡Eso es inicuo!

Guatimozin prosiguió:

¡Oh! Pues oye, y juzgarás si tengo motivos para desesperarme. Despues de escuchar las razones que he expuesto para justificar mi conducta, me ha dicho con la mayor altanería que no necesita mis servicios y que me destierra á Tacuba.

De forma que yo tendré que renunciar á mis sueños de gloria, ya no podré realizar mi más ferviente deseo:

Ponerme al frente de mis tropas y extèrminar á los extranjeros.

—Pero en cambio vivirás á mi lado, no te alejarás más de esta casa, y con mi cariño lograré que olvides esas penas que te mortifican.

Créeme, bien mio; la gloria es un fantasma tras del que corren los hombres, y cuando más creen acercarse, más se separan de él.

En cambio, los goces purísimos de la familia son la única felicidad estable, ¡duradera, que hay en la tierra.

¡Ah! Mi pena no es tan fácil... que se borre de mi alma.

Guacalcinla rompió á llorar.

—¿Penas tú?...—dijo con acento cariñoso Guatimocin.

—Sí; de mis dos hermanos, uno ha muerto á manos de los españoles, el otro le tienen en su poder.

El esposo de Guacalcinla le dirigió palabras de consuelo y de cariño, y la tranquilidad volvió á reinar en el hogar de los cónyuges.

Capítulo XCI.

En el que los teopixques deciden á Quetlahuaca á contraer matrimonio.

Volvemos á Quetlahuaca.

Este monarca, cuyo carácter supersticioso, débil, pusilánime, le incapacitaba para seguir los destinos de su patria, creía en su insensatez que por haber obtenido aquel triunfo de los españoles en la batalla de la *noche triste*, no se atreverían á volver, porque si bien es verdad que en Otumba habían sufrido sus huestes, el hecho era que los españoles se habían retirado.

Creía también que, cediendo algo en favor de los tlascaltecas, estos abandonarían á sus aliados, y en este caso nada tendría que temer de los extranjeros.

El príncipe de Iztacpalapa, como todos los que ocupan el solio sin tener razón de ser, se cuidaba más de lo accesorio que de lo principal.

Mandó que se reparasen todos los desperfectos que habia producido la guerra en la ciudad.

Dispuso que su palacio se adornara de una manera espléndida, y desde entonces se entregó por completo á la molicie y á los placeres.

Los teopixques, que como ya hemos dicho, trataban de apoderarse completamente de él, fomentaban estas inclinaciones, diciéndole que su alta jerarquía demandaba una vida suntuosa.

Pero no tardaron en comprender que el exceso de los placeres podria arrebatarle la vida, y su muerte seria para ellos la pérdida de sus esperanzas.

Creyeron que lo mejor que podian hacer era obligar al monarca á contraer matrimonio, y eligiendo ellos á la que debia ser su esposa, tendrian absoluto dominio en los negocios del estado.

Guacolando fué el encargado de presentar la cuestion al monarca.

Hallábase este un dia muellemente reclinado en la hamaca real y rodeado de algunos servidores que quemaban perfumes preciosos en braseros de oro, cuyas espirales de humo embalsamaban el aire, cuando presentándose en la estancia el astuto teopixque:

—Señor,—le dijo,—los sacerdotes, que sólo procuran por el bien de su bondadoso monarca, han concebido un proyecto, y me han comisionado para que le ponga en vuestro superior conocimiento. Ordenad á vuestros servidores que nos dejen solos, y tendré el honor de cumplir la elevada, la grande, la noble mision que me han confiado.

—Retiraos todos,—dijo el monarca, empezando á obedecer á la influencia de los teopixques.

Su orden se cumplió inmediatamente.

—Hablad, Guacolando,—añadió afectuosamente Quetlahuaca.

—Reunido hoy con mis compañeros, hemos recordado con placer los triunfos que vuestra pericia, vuestras relevantes dotes, han conseguido sobre los extranjerios. Todos hemos reconocido la superioridad que hay en vos sobre vuestro antecesor Motezuma, y como es natural, hemos deseado que el imperio de Méjico perpetúe la estirpe de monarca tan esclarecido.

—Mucho agradezco la opinion que merezco á los teopixques, y me envanece más que todos los elogios que pudieran tributarme los altos dignatarios del imperio. Pero esto no obsta para que yo reconozca y confiese que si he obtenido los triunfos á que aludís, ha sido por la poderosa influencia que habeis ejercido en mi favor para con los dioses.

—Así es la verdad, y por lo mismo no podríamos ver con calma que algun aventurero, algun ambicioso, sucediese en el trono al esclarecido monarca que tan alta ha puesto la dignidad de su patria.

—¿Y qué pensais?

—Que elijais una compañera que os ayude á sopor-tar los sinsabores de esta vida, una esposa tierna dulce, cariñosa, que os haga olvidar esa vida de placeres nefandos que enervan el espíritu y debilitan las fuentes de la vida.

—Jamás he pensado en contraer ese lazo.

—¿Y por qué?

—Porque tengo formada mi opinion de las mujeres, porque sé que todas son falsas, porque sus halagos son hijos siempre del interés, porque con su acento cariñoso ocultan el veneno que hay en su corazon y al acercarse á nosotros emponzoñan nuestro aliento, se apoderan de nuestro sér, y cuando ya están seguras del dominio que ejercen, nos desprecian, nos maltratan y nos hacen sufrir crueles martirios.

—No me extraña que os expreseis en esos términos.

Esas ideas equivocadas que teneis respecto de la mujer, son eco fiel de la vida que vivís.

Mentidos y efimeros son ciertamente esos placeres á que os entregais. Ellos destruyen las fuerzas vitales, debilitan la inteligencia, y el cansancio que producen degenera en hastío. Pero no compareis esos ilusorios goces con los que proporciona la vida de familia, la santidad del hogar, el consuelo de los hijos.

—Repito que tengo ya formada mi opinion respecto de las mujeres, y que dificilmente cambiaré de modo de pensar.

—¿Y quién os dice que la alta dignidad á que os han elevado vuestros vasallos, que los altos deberes que teneis que cumplir; quién os ha dicho que no tengais que sacrificar vuestros sentimientos á la paz, á la prosperidad, á la tranquilidad del estado?

Quetlahuaca prestó mayor atencion á las palabras del teopixque.

—La muerte nos sorprende cuando ménos lo esperamos. El dia que os suceda esta desgracia,—que sucederá más ó ménos tarde, porque todos tenemos que pagar este fatal tributo,—vuestro imperio será víctima de espantosas luchas fratricidas.

Las ambiciones, mal encubiertas hoy, arrojarán la máscara por completo, se lanzarán á la lucha, y vuestros votos, vuestros sacrificios para engrandecer el imperio, habrán sido infructuosos.

Algun príncipe que yo sé, y que vos conoceis, el más audaz y el más ambicioso de cuantos desean que llegue ese momento, Guatimozin, no vacilará en los medios de conseguir su objeto.

La ciudad de Méjico presenciara el horrendo espectáculo de desgarrarse sus varones más predilectos, de destruirse los padres y los hijos, de inundar las calles de sangre y de detener el curso de los rios, los millares de cadáveres que resultarán de la lucha.

Quetlahuaca se hallaba profundamente conmovido por las palabras de Guacolando.

Este, viendo el terreno que iba ganando en el ánimo del monarca, añadió:

—Elegid lo que gustéis. Si persistís en vuestra negativa, el trono de Méjico pasará á vuestra muerte á poder de Guatimozin, si es que antes no os le arrebató; si por el contrario, acedeis á lo que os proponemos, dejareis á vuestro fallecimiento quien os suceda en él, y al efectuarse vuestro enlace desaparecerian las ambiciones que hoy se agitan.

—Pues bien; en ese caso daré mi mano á una mujer á quien he hecho esta promesa.

—¿Podré saber quién es la elegida para disfrutar tan señalado honor?

—Litzajaya en varias ocasiones me ha demostrado gran adhesión. Recientemente ha estado á visitarme, y me ha indicado los medios que debia poner en práctica para exterminar á los extrajeros. Indudablemente es una mujer superior.

Por otra parte, mi enlace con ella me aseguraria la fidelidad de los de Panuco, que nunca pudo someter á su dominio mi antecesor.

Me parece que no encontraría otra más digna á quien poder llamar mi esposa.

Guacolando fijó una penetrante mirada en Quetlahuaca.

—Bien os decia antes, —le dijo, —que no conociais á las mujeres. De otro modo, no hubierais fijado vuestros ojos en esa, que por nignun concepto os conviene. Hay quien cree que no fué extraña á la muerte de su marido, y en esta suposición no podriamos consentir en que contrajéreis un lazo que podría comprometer vuestra existencia.

—¿Y á quién recurrir entonces?

—Tranquilizaos; habeis oido que sólo nos ocupamos de vuestra felicidad.

—¿Y bien?

—Que hemos examinado detenida y desapasionadamente á cuantas creíamos dignas de unir su suerte á la vuestra, y por fin hemos visto que ninguna reune

las relevantes cualidades que la hija de un poderoso cacique.

—¿Cómo se llama?

—Nincholutzco.

—¿De dónde es cacique?

—De Taxictlan.

—Recuerdo haber oido hablar de él; pero no conozco su historia.

—Prestadme atención y la sabreis.

—Os escucho.

Guacolando tenia interés en presentar á los ojos de Quetlahuaca la esposa que le destinaba como un verdadero modelo de perfecciones.

El monarca prestó toda su atención al relato.

Hé aquí la historia que el antiguo ministro de Motezuma refirió á su nuevo soberano.